



# Cuento

A HURTADILLAS

Guadalupe Sánchez Nettel \*

**S**abina supo de la existencia de Constanza por una mancha en el cuello de su esposo. Era una huella oscura, algo así como un chupetón, pero no se parecía a las marcas redondas que ella misma solía dejar en los hombros conyugales como un salpicadero de motas desordenadas. Le pareció curioso encontrar un color tan opaco en ese cuello que creía conocer en todos sus matices, y se le quedó observando largo tiempo, sin decir nada. Le divertía la idea de compartir ese lienzo tan grande para ella sola y se dedicó a descubrir innovaciones en la forma, en lo intenso del morado, en la talla diminuta. Era muy claro que el chupete no estaba ahí por equivocación: el círculo era perfecto y aquel color tan constante era una prueba más de la maestría y la precisión de la autora. Esa última característica le resultaba agradable, tanto, que Sabina imaginó con ternura el recelo de la amante que acecha los momentos en que el hombre está dormido, los labios húmedos que se posan con cuidado sobre el cuello para no ser descubiertos, la succión firme

\* Preparatoria, Liceo Franco Mexicano.

pero discreta y, al final, el gusto de saborear la perfección de la obra. ¿Pero era sólo un interés de artista lo que revelaba esa pequeña huella? Tal vez aquella manchita tenía un fin más preciso, probablemente un mensaje. ¿Un mensaje? ¿Para quién?, pensaba Sabina con más curiosidad que celos; quizá para el amante mismo, o tal vez para su esposa. No se podía negar que era una buena técnica, una manera astuciosa de manifestar su existencia, podía incluso ser un desafío. ¿Era entonces esa marquita encantadora una señal de arrogancia? No, no se trataba de eso, la talla era muy pequeña, casi invisible. Probablemente Constanza había notado los tres chupetones rojos que Sabina dejara en el hombro de su esposo, sintiendo unas ganas terribles de responder para mostrar su aprobación, para decir que también existían otros matices. Sabina entendió todo esto y el gusto por los chupetones se le fue haciendo más grande. Le emocionó saber que alguien apreciaba sus creaciones y que esa persona podía, además, aportar nuevos tintes, incluso nuevo entusiasmo para seguir dibujando en aquel cuello compartido. Ahora lo difícil era encontrar una figura tan fina como la otra, un sitio original, un tono innovador. Así que esperó varios días antes de responder al mensaje, porque además, para igualar las condiciones, Sabina decidió succionar a escondidas la piel de su marido y hacer lo posible para que él no la notara.

El segundo mensaje era menos inpersonal, casi emotivo. Tenía mucho más de los labios de Constanza, de sus gustos, de sus melancolías. No se trataba de un punto sino de algo más largo, algo como un rayón en la ingle masculina y los colores se iban desva-

neciendo desde el rojo más brillante hasta un rosa encarnado, casi tan claro como la piel del hombre. Sabina había quedado encantada, pretextaba cualquier cosa para acariciar las piernas adormecidas, y así poder contemplar el mensaje de Constanza. A veces, durante la noche, tenía deseos de despertarlo, de preguntar el nombre de la mujer a la que visitaba cuando decía ir al billar, pero los malentendidos hubieran sido inevitables. ¿Cómo explicarle que la otra le parecía muy simpática, más aún, fascinante? ¿Cómo felicitarle por el buen gusto de aquélla, por su temperamento triste? Además, con el tiempo, los mensajes se fueron haciendo cada vez más frecuentes, de manera que Sabina se enteró de cosas que no se hubiera atrevido a preguntar, como que el nombre de esa chica sonaba a barrios antiguos, a casas con balcones de herrería, a soledad y a tierra mojada.

Por los chupetones Sabina podía burlarse de su marido, saber que si una mancuernilla abandonaba el guardarropa era porque Constanza había decidido tomarla. Más tarde entendió que los colores oscuros significaban cariño y que la homogeneidad de la mancha eran las tardes vacías con olor a madre selvas. En cambio, si había un mordisco insinuado, tal vez la hendidura de un diente o aquel olor a saliva, el mensaje traía consigo una expresión alegre o el eco de alguna risa. Las señales de Sabina eran más estudiadas, ella cuidó siempre de que la marca fuera muy comprensible: le agradaban las formas rectangulares que evocan los clubs privados, las cámaras fotográficas, los coches nuevos... pero hablaba también de sus tristezas, de las mañanas en que la lluvia y sus lecturas le impedían salir a la universidad. Entonces pintaba en los hombros de su esposo

los colores de las tres marcas iniciales, pero esta vez revueltos en una sola de bordes bien delineados. Sabina no era muy expresiva pero sus mensajes eran siempre alegres y sencillos. Le gustaba más mirar los talones o las axilas (porque Constanza escogía los lugares más recónditos) que le explicaban cómo era la pobreza, los salarios bajos de una violinista o el olor a gatos en su departamento. A veces, Sabina descubría en los labios de su marido mordiscos más borrosos, hechos un poco al garete, donde se asomaba un tono azulado de resentimiento y a través de los cuales su amiga le contaba las desatenciones del amante, su falta de tiempo. Pero ella nunca respondía estos mensajes, consideraba que, como esposa, no debía intervenir en una relación que no era la suya y de la que, se suponía, no estaba enterada. Era preferible no opinar al respecto, aunque entendía muy bien, por el color inconstante y la profundidad de esas huellas, el sufrimiento de Constanza por los plantones de su amante y por la escasa frecuencia de los arranques de enamoramiento. Entonces le entraban ganas de defenderla, de reprocharle a aquel hombre la inconsistencia, su crueldad con esa pobre violinista melancólica que al parecer lo quería tanto, tenía miedo de que rompiera con ella y de perder, por su culpa, esa amistad tan cercana. Sin embargo, Constanza parecía no darse por vencida: los moretones en el labio inferior se hicieron más frecuentes para preguntar a la amiga si el esposo había encontrado otra amante, si estaba fastidiado de pagar la renta del departamento o la comida de los gatos. Pero Sabina no sabía nada de eso y contestó solamente a los mensajes ordinarios en el abdomen viril, donde pintaba alegrías o una que otra receta

de cocina. Cuando por alguna razón de las formas o de los tintes no encontraba el modo de expresarse, arrancaba una pestaña, a veces un granito de la espalda, y recibía los consejos en las uñas mordisqueadas con las que su esposo regresaba del billar.

Sabina amaba los rasgos delgados y esos hombros corpulentos le resultaban admirables. Por eso trató siempre de que la comunicación entre ellas no arruinara demasiado esa piel suavizada con las más finas cremas, y que los mordiscos en el cuello no fueran muy evidentes. Le agradaba que su amiga se mostrara comprensiva y acogía con entusiasmo los objetos de origen sospechoso con los que su marido solía llegar a la casa. Había encontrado en esa joven violinista una persona distinta a las de su club de tenis, una mujer que, si bien no muy refinada (se veía en el desorden de las manchitas), era capaz de comprender sus angustias, esos miedos ocultos que con palabras nunca lograba definir. Por eso en las tardes de domingo le proponía varias veces a su esposo que se asomara al billar: —Tal vez encuentres amigos y te diviertas un rato— pero él respondía que estaba cansado, que de todas maneras el billar le estaba resultando fastidioso y que ahora tendrían más tiempo para estar juntos. Entonces, la tristeza lánguida del fin de semana parecía aumentar y a Sabina le entraban ganas de reprocharle su frialdad, de dibujar en su brazo una motita redonda, algo como una lágrima para decirle a Constanza que estaba al tanto, que los chupetes azules en los labios de su cónyuge no le eran indiferentes. Pero no lo hacía: un sentimiento raro, posiblemente su dignidad de esposa, la imposibilitaba. Prefería dejar entonces un mensaje de tristeza sin motivo, de añoranza por

esos tiempos en que la correspondencia era casi cotidiana, no como ahora, porque el amante no visitaba a Constanza más que para dejar la renta de cada mes. En verdad era asombrosa la forma tan rápida en que su marido se alejaba de la joven y Sabina lo notó por el tiempo que él pasaba en casa, por las visitas inesperadas. Recibía los regalos y las flores con una desilusión infinita, procurando ocasionar disgustos, incluso una pelea para despertar en el hombre su nostalgia de amante. Pero entendió que todo estaba perdido cuando al regresar de una de sus visitas clandestinas, que ella conocía tan bien, él no trajo en

el cuerpo ni siquiera un rasguño accidental.

Constanza había dejado el departamento y Sabina acabó de entenderlo en la madrugada, después de buscar durante toda la noche un chupetón, quizá sólo una manchita de despedida tan pequeña como la primera que encontró en el cuello. Se había parado frente a la ventana para comprender que otra vez estaba sola. Miraba ya sin curiosidad ese cuerpo deschistado que dormía sobre la cama, que más tarde le pediría un café con una voz exigente y se iría al trabajo sin suponer que esa misma mañana, Sabina haría su maleta para marcharse.

